

LIBRO DEL AÑO. *THE SUNDAY TIMES*

«FASCINANTE» PETER FRANKOPAN

«OBRA DEFINITIVA» ANNE APPLEBAUM



CATHERINE BELTON

LOS HOMBRES DE PUTIN

CÓMO EL KGB

SE APODERÓ DE RUSIA

Y SE ENFRENTÓ

A OCCIDENTE

PENÍNSULA

Los hombres de Putin

Cómo el KGB se apoderó de Rusia
y se enfrentó a Occidente

Catherine Belton

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *Putin's people. How the KGB Took Back Russia
and Then Took On the West*

© Catherine Belton 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2022

© de la traducción del inglés, Juan José Estrella González, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 4.814-2022
ISBN: 978-84-1100-069-7



Índice

<i>Dramatis Personae</i>	11
Prólogo	19

PRIMERA PARTE

1. «Operación <i>Luch</i> »	43
2. Encargo interno	85
3. «La punta de un iceberg»	129
4. Operación sucesor: «Pasaba ya de medianoche»	171
5. «Juguetes en charcos de barro»	219

SEGUNDA PARTE

6. «El círculo íntimo lo fabricó»	255
7. «Operación Energía»	297
8. Un despertar imperial surgido del terror	339
9. «Comer abre el apetito»	383

TERCERA PARTE

10. <i>Obschak</i>	429
11. Londongrado	477
12. Empieza la batalla	507
13. Dinero negro	549

14. Poder blando con puño de hierro. «Yo los llamo los talibanes ortodoxos»	579
15. La red y Donald Trump	619
Epílogo	675
Agradecimientos	691
Notas	697
Lista de ilustraciones	851
Índice ideológico	853

«Operación *Luch*»

San Petersburgo

Estamos a principios de febrero de 1992 y un coche oficial de la administración local avanza lentamente por la calle principal de la ciudad. Han retirado parte de esa pasta gris que cubre las aceras y que es una mezcla de nieve fundida y barro, y la gente, a pesar del frío, sigue caminando, enfundada en gruesos abrigos anónimos, cargada con bolsas, algo encorvada para protegerse del viento. Tras las fachadas difusas de lo que en otro tiempo fueron mansiones señoriales de la Nevsky Prospekt, las tiendas aparecen casi desabastecidas, con los estantes prácticamente vacíos tras el impacto de la repentina implosión de la Unión Soviética. Hace apenas seis semanas que ha dejado de existir, desde la jornada histórica en que el presidente de Rusia, Borís Yeltsin, y los líderes de las otras repúblicas soviéticas decretaron la extinción de su unión a golpe de firma. Los distribuidores de alimentos de la ciudad se esfuerzan por reaccionar a los rápidos cambios ahora que las estrictas normativas soviéticas que durante años han controlado las cadenas de suministros y fijado los precios han dejado de estar en vigor.

En las colas del autobús y en los mercados improvisados que han surgido por toda la ciudad, pues sus habitantes intentan obtener efectivo vendiendo zapatos y otros artículos que tienen en casa, las conversaciones, a lo largo del invierno, han

girado en torno a la escasez de comida, las cartillas de racionamiento y la desesperanza. Para empeorar las cosas, la hiperinflación hace estragos en los ahorros. Hay incluso quien advierte de una hambruna, lo que activa las alarmas de una ciudad atenazada aún por el recuerdo del bloqueo de la Segunda Guerra Mundial, en que unas mil personas morían de hambre todos los días.

Pero el alto cargo municipal que va al volante del sedán Volga negro parece tranquilo. La persona delgada y resuelta que mira fijamente hacia delante es Vladímir Putin. Tiene treinta y nueve años, es vicealcalde de San Petersburgo y acaba de ser nombrado jefe del comité municipal de relaciones exteriores. La escena está siendo filmada para una serie de documentales sobre la nueva administración de la ciudad, y este en concreto se centra en ese vicealcalde de aspecto juvenil entre cuyas atribuciones está la de garantizar un volumen adecuado de importaciones alimentarias.¹ Cuando el documental regresa a su despacho del ayuntamiento, en Smolny, Putin recita una serie de cifras sobre las toneladas de cereales de ayuda humanitaria que están llegando desde Alemania, Inglaterra y Francia. No hay de qué preocuparse, afirma. Pasa casi diez minutos explicando con detalle las medidas que el comité ha tomado para asegurar unos suministros alimentarios de emergencia, entre ellos un acuerdo inédito para el envío de cereal para ganado por valor de 20 millones de dólares firmado durante un encuentro entre el alcalde de la ciudad, Anatoli Sobchak, y el primer ministro británico, John Major. Sin ese acto de generosidad por parte del Reino Unido, la joven cabaña ganadera de la región no sobreviviría, afirma.

Su manejo de los detalles resulta impresionante. Como lo es su comprensión de los inmensos problemas a los que se enfrenta la economía de la ciudad. Habla con fluidez sobre la necesidad de desarrollar una clase formada por pequeños y medianos propietarios de negocios que han de ser la espina

dorsal de la nueva economía de mercado. En efecto, afirma: «La clase emprendedora debería convertirse en la base del florecimiento de nuestra sociedad en su conjunto».

Habla con precisión de los problemas surgidos al convertir las grandes empresas de defensa de la era soviética en entidades civiles de producción a fin de mantenerlas con vida. Plantas en crecimiento como Kirovsky Zavod, un inmenso productor de artillería y tanques ubicado al sur de la ciudad, habían sido los principales proveedores de empleo de la región desde la época de los zares. Ahora se encontraban en un punto muerto, pues los constantes pedidos de material militar pesado que alimentaban y acabaron por quebrar la economía soviética se habían secado repentinamente. «Debemos traer a socios occidentales e integrar las plantas a la economía global», opina el joven funcionario municipal.

Con súbita intensidad, habla del daño que causó el comunismo al alejar a la Unión Soviética de las relaciones de libre mercado que vinculaban al resto del mundo. Los credos de Marx y Lenin «trajeron pérdidas colosales a nuestro país —asevera—. Hubo una época de mi vida en que estudié las teorías del marxismo y el leninismo y me parecieron interesantes y, como a muchos de nosotros, lógicas. Pero a medida que crecía, la verdad fue haciéndoseme cada vez más evidente: esas teorías no son más que dañinos cuentos de hadas». En efecto, los revolucionarios bolcheviques de 1917 eran responsables de la «tragedia que estamos experimentando hoy: la tragedia del hundimiento de nuestro Estado —transmite abiertamente al entrevistador—. Dividieron el país en repúblicas que no existían, y destruyeron lo que une a la gente en los países civilizados: destruyeron las relaciones de mercado».

Hace escasos meses que ha sido nombrado vicealcalde de San Petersburgo pero ya representa su papel con gran fuerza, de un modo cuidadosamente planificado. Se sienta de manera informal, a horcajadas, con el respaldo de la silla hacia delante,

pero todo lo demás apunta a una preparación precisa. El documental, de cincuenta minutos, lo muestra en la colchoneta de judo tumbando a contrincantes por encima del hombro, hablando en un alemán fluido con un empresario visitante, y atendiendo llamadas de Sobchak sobre los últimos acuerdos de ayuda extranjera. Sus meticulosos preparativos incluyen también al hombre que escogió para que llevara a cabo la entrevista y dirigiera el documental: un documentalista conocido y adorado en toda la Unión Soviética por una serie que había realizado en la que presentaba de manera íntima las vidas de un grupo de niños, una especie de versión soviética de la serie de televisión británica *Seven Up*. Ígor Shadjan es judío, y ha regresado hace poco a San Petersburgo tras realizar una serie de documentales sobre los horrores del gulag soviético en el extremo norte del país; un hombre que sigue horrorizándose con el recuerdo de los comentarios antisemitas de la época soviética y que, según admite él mismo, sigue agachando la cabeza, con miedo, cada vez que pasa por delante de la que fuera la sede del KGB en la Liteyny Prospekt de la ciudad.

Y aun así es el hombre al que Putin escogió para que le ayudara a transmitir una revelación muy especial, el hombre que divulgará al mundo el hecho de que Putin sirvió como funcionario en el temido y odiado KGB. Eran todavía los albores del movimiento democrático, un momento en el que admitir algo así podía perjudicar a su jefe, Sobchak, un vibrante orador que había llegado a la alcaldía montado sobre la marea de condena de los secretos del antiguo régimen, de los abusos perpetrados por el KGB. Aún hoy, Shadjan sigue preguntándose si la decisión de Putin formaba parte de un cuidadoso plan de rehabilitación. «Siempre pregunto por qué me escogió a mí. Entendió que se me necesitaba, y estaba dispuesto a contarme que era del KGB. Quería demostrar que la gente del KGB también era progresista.» Putin escogió bien. «Un crítico me comentó en una ocasión que yo siempre hu-

manizo a las personas con las que trabajo, sean quienes sean —recuerda Shadjan—. Y a él lo humanicé. Quería saber quién era y lo que él veía. Yo era alguien que siempre había criticado a las autoridades soviéticas. Había soportado muchas cosas de ellos. Pero con él fui comprensivo. Nos hicimos amigos. Me parecía una persona que llevaría el país adelante, que realmente podría hacer algo. La verdad es que a mí me captó.»²

A lo largo del documental, Putin aprovecha hábilmente la ocasión para hacer hincapié en las cualidades positivas del KGB. En respuesta a una pregunta delicada sobre si se valió de su posición para aceptar sobornos, insiste en responder que, donde él servía, ese tipo de acciones se consideraban «una traición a la patria» y que eran castigadas con todo el peso de la ley. En cuanto al hecho de ser un funcionario, un *chinovnik*, aquella palabra no tenía por qué tener una connotación negativa, defiende. Él había servido a su país como *chinovnik* militar; ahora era un funcionario civil que servía a su país —como lo había hecho antes— «al margen del ámbito de la competición política».

Hacia el final del documental, Shadjan parece ya totalmente entregado. La cinta termina con un gesto de asentimiento y un guiño a un pasado glorificado en el KGB: Putin aparece contemplando el río Neva congelado, protegido del frío con un gorro de pieles, un hombre del pueblo al volante de un Shiguli blanco, el utilitario cuadrado omnipresente en aquella época. Mientras observa la ciudad con protectora mirada de acero, el documental termina a los compases de una melodía popular por una serie de televisión soviética, *17 momentos de primavera*, que convertía en héroe a un espía del KGB que, de incógnito, se infiltraba en lo más profundo de la Alemania nazi. La elección de la música fue de Shadjan. «Era una persona hecha para su profesión. Yo pretendía mostrar cómo era que seguía en la misma profesión.»

Putin, sin embargo, durante la entrevista se había cuidado mucho de dar la impresión de que había renunciado al KGB

en cuanto había regresado a Leningrado, que era como se llamaba San Petersburgo, en febrero de 1990. Le contó a Shadjan que lo había dejado «por muy diversos motivos», no por razones políticas, enfatizando que lo había hecho antes de empezar a trabajar, en mayo de ese año, con Sobchak, a la sazón profesor de Derecho en la Universidad Estatal de Leningrado y estrella ascendente del nuevo movimiento democrático de la ciudad. Putin había regresado a la capital de los zares tras cinco años de servicio en Dresde (República Democrática Alemana), donde había ejercido de oficial de enlace entre el KGB y la Stasi, la policía secreta de la Alemania del Este. Con el tiempo, se extendería la leyenda según la cual en una ocasión le confesó a un colega sus temores de que, a su regreso, no le aguardara más futuro que ser taxista.³ Al parecer, deseaba transmitir la impresión de que había cortado todos los lazos con sus antiguos jefes, que el orden rápidamente cambiante de Rusia lo había dejado a la deriva. Lo que Putin le contó a Shadjan era solo el principio de una serie de falsedades y confusiones intencionadas en torno a su carrera en el KGB. En el imperio en descomposición al que había regresado desde Dresde, nada era del todo lo que parecía. Desde la mansión del KGB colgada en las alturas, frente a la orilla del río Elba, con vistas a la aún elegante extensión de la ciudad, Putin ya había sido testigo de primera mano del fin del control del imperio soviético sobre la RDA, del hundimiento del llamado sueño socialista. El bloque de poder soviético del Pacto de Varsovia se había desmoronado a su alrededor cuando sus ciudadanos se rebelaron contra el liderazgo comunista. Había tomado nota, primero desde la distancia, cuando las réplicas empezaron a reverberar por toda la Unión Soviética e, inspirados por la caída del Muro de Berlín, los movimientos nacionalistas se extendían cada vez más deprisa por todo el país, obligando al líder comunista Mijaíl Gorbachov a ceder cada vez más ante una nueva generación de dirigentes democráticos. Cuando Putin concedió la entrevista

a Shadjan, uno de aquellos líderes, Borís Yeltsin, había salido victorioso de un intento de golpe de Estado de la línea dura perpetrado en agosto de 1991. El *putsch* abortado pretendía retrasar el reloj de las libertades políticas y económicas, pero acabó en rotundo fracaso. Yeltsin ilegalizó el Partido Comunista de la Unión Soviética. El antiguo régimen, de pronto, parecía haber sido borrado del mapa.

Pero lo que lo sustituyó solo era un cambio de guardia parcial, y lo que ocurrió con el KGB era un ejemplo paradigmático. Yeltsin había decapitado a altos mandos del KGB, y a continuación firmó un decreto por el que lo dividía en cuatro servicios interiores diferenciados. Pero lo que surgió en su lugar fue un monstruo con cabeza de hidra en el que numerosos funcionarios, como Putin, se retiraron a las sombras y siguieron sirviendo clandestinamente, mientras el poderoso servicio de inteligencia extranjero se mantenía intacto. Se trataba de un sistema en el que las reglas de una vida normal parecían haber quedado suspendidas hacía mucho tiempo. Era una tierra de sombras, verdades a medias y apariencias, mientras, por debajo, todas las facciones de la antigua élite seguían aferrándose a lo que quedaba de sus riendas.

Putin ofrecería distintas versiones sobre el momento y las circunstancias de su renuncia como funcionario del KGB. Pero según un alto mando de la agencia, ninguna de ellas es fidedigna. A los entrevistadores que redactaban su biografía oficial les contaría que dimitió pocos meses después de empezar a trabajar para Sobchak en la universidad, pero que su carta de renuncia, por algún motivo, se había extraviado en correos. Según él, Sobchak había telefonado personalmente a Vladímir Kriuchkov, a la sazón director del KGB, para asegurarse de su renuncia en el momento álgido del golpe de Estado de la línea dura perpetrado en agosto de 1991. Ese era el relato que se convirtió en la versión oficial. Pero suena a ficción. Las probabilidades de que Sobchak se pusiera en contacto con

Kriuchkov en pleno golpe a fin de asegurar la renuncia de un empleado parecen, en el mejor de los casos, bastante remotas. Según el estrecho aliado de Putin, lo que ocurrió más bien fue que Putin siguió cobrando su sueldo de los servicios de seguridad como mínimo un año más después del intento de golpe de agosto. Cuando dimitió, su cargo en la cúpula de mando de la segunda ciudad de Rusia estaba bien afianzado. Ya estaba profundamente instalado en el nuevo liderazgo democrático del país, y era la punta de lanza de los vínculos de la administración con las fuerzas del orden, incluida la agencia sucesora del KGB, el Servicio Federal de Seguridad o FSB. En su función de vicealcalde, como mostraba claramente la entrevista de Shadjan, ya se mostraba escurridizo y seguro de sí mismo.

La historia que cuenta cómo y en qué momento renunció Putin realmente, y de qué manera empezó a trabajar para Sobchak, sirve para explicar cómo el cuadro de mando del KGB comenzó a metamorfosearse ante la transformación democrática del país y a vincularse a los nuevos liderazgos. Es la historia de cómo una facción del KGB, en concreto parte del sector de la inteligencia extranjera, llevaba ya un tiempo preparándose en secreto para cambiar a la vista de la agitación causada por las reformas de la perestroika en la Unión Soviética. Al parecer, Putin habría formado parte de dicho proceso cuando residía en Dresde. Posteriormente, tras la reunificación de Alemania, los servicios de seguridad del país sospecharon que había formado parte de un grupo que trabajaba en una operación especial, conocida como «Operación *Luch*» («rayo» o «haz»), que se estaba preparando al menos desde 1988 por si el régimen de la Alemania del Este se desmoronaba.⁴ Dicha operación consistía en reclutar a una red de agentes que pudieran seguir operando para los rusos después del hundimiento del régimen.

*

Dresde

Cuando Putin llegó a Dresde en 1985, la República Democrática Alemana ya vivía en tiempo de descuento. Al borde de la quiebra, el país sobrevivía con la ayuda de un préstamo de miles de millones de marcos concedido por la República Federal Alemana,⁵ mientras crecían las voces críticas. A su llegada, Putin tenía treinta y dos años, estaba aparentemente fresco tras un periodo de entrenamiento en la academia de élite del KGB, el instituto Bandera Roja para funcionarios de inteligencia en el extranjero, y empezó a trabajar en una elegante mansión *art déco* de imponente escalinata y con una terraza con vistas a la calle tranquila de un barrio de casas de vivos colores. La mansión, rodeada de frondosos árboles e hileras de pulcras residencias reservadas a los miembros destacados de la Stasi, se encontraba muy cerca del vasto y anodino complejo que era el cuartel general de la Stasi, donde, en diminutas celdas sin ventana había encerradas docenas de presos políticos. Hans Modrow, el líder local del Partido Comunista (SED), en el poder, era conocido por ser reformador. Pero también aplicaba la mano dura en su empeño por aplastar la disidencia. Por todo el bloque del Este, el clima de protesta aumentaba ante la miseria y la escasez de la economía planificada, y como reacción a la brutalidad de las fuerzas de seguridad de los Estados. Aprovechando la ocasión, las agencias de inteligencia estadounidenses, con ayuda del Vaticano, habían iniciado operaciones discretas para hacer llegar equipos de impresión y comunicación, así como dinero en efectivo, al movimiento de protesta Solidarność en Polonia, donde la disidencia contra los soviéticos siempre había sido más fuerte.

*